todo el país y los más diversos organismos políticos, sociales y estudiantiles demandan castigo ejemplar para los responsables. Los diarios nacionales indican que fueron 4 personas –3 policías preventivos comisionados a la corporación federal, y el agente Joaquín García– las que el 23 de julio persiguieron el auto donde viajaban los ahora tres occisos y el marido de Linda Bejarano, Manuel Gómez Martínez, único sobreviviente. Tras lograr detener el auto, policías y agente mataron a las tres personas. El "argumento" esgrimido por los asesinos fue la supuesta detención de un cargamento de droga que era transportado en un automóvil idéntico al de las víctimas. Hasta las últimas informaciones el mentado cargamento continúa en duda. De lo que no hay duda es de que, por lo menos Carlos A. García, fue asesinado a quemarropa mientras se encontraba derribado en el suelo. Ante el reclamo de justicia, la Procuraduría General de la República se encontraba supervisando la investigación.

Policías violadores en Ciudad Hidalgo

• "La llamaremos Inés María. Pertenece a la comunidad indígena de San Bartolo Cuitareo, tiene 15 años y hace un mes fue violada por dos policías que trabajaban en la presidencia municipal de Ciudad Hidalgo, de donde la sacaron con engaños cuando fue a llevarles la cena a sus padres, presos por problemas agrarios desde hace 4 meses y, por ello, sin derecho a alimentación, según dicen las autoridades". . . Así inicia la periodista Teresa Gurza la nota publicada en *La Jornada* del 18 de julio, en donde da cuenta de la violación y rapto de una menor de edad, miembro de la Unión de Comuneros Emiliano Zapata, la UCEZ, misma que ha presentado ya dos denuncias que no han tenido efecto alguno, puesto que los policías violadores, Silvestre Martínez y otro de nombre Constantino, permanecen libres y en funciones. Luego de

Vivencias

Ya puedo comunicarme

Maricela. 31 años. Ingeniera biomédica

Yo trabajo en un tecnológico –soy jefa del laboratorio de ingeniería electrónica–, y doy clases.

Soy de provincia, pero viví y estudié dos años en la Ciudad de México, me casé con un muchacho de allá y luego me regresé con él.

De recién casada no sentí mucho cambio. Mi esposo es creativo y le interesa mucho la casa. Las tareas domésticas son de ambos. A él esto no se le ha hecho difícil pues en su casa fueron puros hombres y su mamá los enseñó a cooperar.

Pero cuando tuvimos nuestro primer hijo, hace cuatro años, comenzamos a tener problemas. Yo era muy exagerada con el bebé. Lo quería aislar, y él consideraba que eso no era correcto. Hoy comprendo que él tenía razón, pues mi hijo se enfermó mucho por eso, y yo estaba siempre muy nerviosa.

Con mi segundo hijo, que tiene dos años, ya no hubo problemas de este tipo; yo estaba cerca de mi madre y me sentía segura. Sin embargo empezamos a tener dificultades porque mi esposo tenía mucho trabajo: era coordinador de los servicios médicos de Coyoacán y siempre –hasta los domingos– había algo que coordinar. Casi no participaba en las tareas de la casa, y ni sus hijos ni yo lo veíamos.

Fue cuando decidimos establecernos en mi tierra. Aquí comparte mucho con los niños y es él quien cocina.

Yo no estaba acostumbrada a platicar, pero él me ha enseñado. En mi casa todos somos introvertidos. Mi padre no hablaba, y aunque entre él y mi madre había cariño, estaban distanciados y ella siempre se quejaba de falta de comunicación. Gracias a mi esposo hoy logro comunicarme también con mi familia.